

Joaquín Copeiro

EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS

narrativa
descrito  ediciones

CAPÍTULO I

CON UNA ALTITUD sobre el nivel del mar, ¡tan lejano!, de unas ocho veces la torre de la catedral de Toledo, ocupando su término municipal una extensión equivalente a la superficie de la mencionada ciudad y habitado, según el penúltimo padrón municipal, porque el último se lo comieron las ratas, por mil trescientas treinta y un almas, capicúa, puras e impuras, que de todo había, Trasmonte esperaba agazapado a que la sombra protectora de la sierra, ¡el monte!, tras la que se encontraba, refrescara sus tejas de una vez.

El sol se puso finalmente en aquel verano de órdago y el cielo se fue oscureciendo al tiempo que un manojo de lucecillas iba salpicando las

paredes encaladas de las calles. A la taberna de Leoncio comenzaron a arribar los primeros parroquianos.

La Cava, la taberna, no era una tasca normal y Leoncio no era un tabernero corriente; pero, ¡coño!, es que tampoco había otro pueblo igual a aquel en todo el Estado. Leoncio era, por encima de todo, un bebedor, un bebedor que regentaba una taberna para ir tirando y también para tener la felicidad más a mano; por ello, su oficio de tabernero poseía, en su personalísimo ejercicio, un carácter lúdico, desenfadado, donde se ensamblaban de tal manera diversión y trabajo, que pudiera afirmarse, sin temor a desbarrar, que no había ciudadano más feliz en todo Trasmonte. O si no, al caso.

Las mañanas las pasaba Leoncio oculto en la bodega, disfrutando como un enano a medida que las mezclas de diversos vinos y especias iban resolviéndose entre sus manos, según fórmulas originales y tan solo por él conocidas, y que los vapores provenientes de garrafas, botellas y em-

budos estimulaban sus papilas olfativas y originaban corrientes nerviosas que invadían su cerebro y golpeaban sobre el mecanismo motor de sus glándulas salivares, las cuales cabalmente provocaban un continuo y lujurioso paladeo. Cuando, al final de la mañana, Leoncio daba por terminadas las mezclas, una imagen emergía de su cabeza con una plasticidad de solivianto: el inmenso cuenco de calabaza que, lleno hasta el borde, rotaría por la tarde, como todos los días, una y otra vez entre sus parroquianos, remojando al mismo tiempo en cada vuelta o ronda su propio gahnate de bebedor empedernido.

Las tardes, tras la siesta, las dedicaba Leoncio a despachar, con genio y alborozo, aquellas raras mezclas de sugestivos sabores. Con los primeros parroquianos se organizaba la primera ronda, que pagaba la casa, y en la que el calabazón iba de boca en boca, y a la que se agregaba todo aquel que aparecía por el local. Las rondas continuaban ya sin parar, cambiándose en cada una el líquido elemento, exquisita y mágicamente seleccionado

por Leoncio. La fruición crecía con cada sorbo, los clientes se relamían y Leoncio se divertía observando, mientras le llegaba el turno, las imágenes esperpénticas en que se descomponían los reflejos de los presentes sobre la superficie ondulada del vino del calabazón. Cuando este llegaba por fin a sus manos, la simetría longitudinal de su cuerpo se hacía perfecta, rigurosa, y su figura rezumaba liturgia y majestuosidad, en tanto que acercaba, voluptuoso, el recipiente a sus labios.

Aún en la parte más prosaica de su trabajo, prosaica, entiéndase, para un hombre como Leoncio, nada ambicioso, amigo de amigos, desinteresado y generoso, cuando llegaba el momento de cobrar, Leoncio había encontrado la fórmula con que hacerlo relajado y sin problemas; consistía en que cada cual aportaba lo que su conciencia, su lucidez y su bolsillo le dictaban y permitían, y, tanto si daba de más como si se quedaba corto, Leoncio jamás se inmutaba, ni devolvía dinero, ni exigía más al pagano, entre otras razones, porque su cerebro, recalentado con los vapores nectáreos

de las numerosas rondas, era incapaz de discernir sobre la exactitud de las cuentas, pero también porque él no lo pretendía así, ya que su filosofía del negocio era del todo ociosa. De esa manera, al final de la jornada la caja compensaba sus pérdidas con sus ganancias, y aún reportaba a Leoncio unos beneficios que le permitían ir viviendo sin graves preocupaciones económicas.

¡La Cava, hermosa e inolvidable tasca para todo el que alguna vez se apagó la desazón con el singular contenido de sus barriles y el buen genio de su dueño!, y en especial para el Villarino, el tío Patitas, Paquito Yongüéin, Carlín el Psicólogo... Para todos ellos, y para la mayoría del pueblo de Trasmonte, La Cava era *la taberna*, y no es que en el lugar no hubiera más tabernas, no, que sí que las había, y en número de siete u ocho por lo menos, pero La Cava era una verdadera institución, una institución *imprescindible*.